

Marcadores discursivos en español: acerca de *la verdad* y *pues**

María José Serrano

Universidad de La Laguna

Como elementos que analizan el estudio del lenguaje en uso, los marcadores discursivos prestan atención a aquellas unidades de frecuente aparición, generalmente desprovistas de significado léxico, que no añaden, por tanto, información, pero que poseen una función enmarcadora y diferenciadora en los actos de habla. En este trabajo se pretende ofrecer una interpretación del uso de los marcadores discursivos la verdad y pues en español actual, tomando como base un corpus de conversaciones espontáneas entre 32 hablantes nativos de la zona metropolitana de Santa Cruz de Tenerife. Los resultados nos conducen a creer en la propiedad coordinadora de estos marcadores durante la conversación y en su significado puramente discursivo. De esta forma, tanto la verdad como pues poseen un significado gramatical que desarrolla determinadas particularidades discursivas que deben ser compatibles y deben estar en consonancia con el medio de discurso. Ese significado desarrollado es el introductor de aserción para la verdad (con sus dos variantes), y el consecutivo-opositivo para pues. Los marcadores muestran, además, significativas correlaciones sociales con el género y el nivel sociocultural principalmente.

1. INTRODUCCION

La Sociolingüística Interaccional y el Análisis del Discurso ofrecen variadas alternativas de estudio de los diversos elementos que configuran la

* Este artículo presenta resultados del trabajo en nuestro proyecto de investigación *Variación Sintáctica y Análisis del Discurso en el Español de Santa Cruz de Tenerife (93/158)*, financiado por la Sección de Universidades e Investigación del Gobierno Autónomo de

realización de las unidades lingüísticas durante el transcurso de la interacción comunicativa (Myhill 1992, Stubbs 1987, Levinson 1989, Coulthard 1992, Narbona 1991, Serrano 1996c). Como disciplinas que analizan el estudio del lenguaje en uso, prestan atención a aquellas unidades de frecuente aparición, generalmente desprovistas de significado léxico, que no añaden, por tanto, información, pero que poseen una función enmarcadora y diferenciadora en los actos de habla, denominadas *marcadores discursivos*. La estructura de la conversación debe poner de manifiesto las propiedades de cohesión y coherencia comunicativas (Lyons 1981: 200), y estos elementos la aportan, introduciendo un significado que se puede denominar *discursivo*. Así, pues, unidades como *ah, eh, bueno, pues, no, sabes*, etc. forman parte de esta categoría conversacional. Cada elemento posee una función cohesiva distinta, dependiendo del contexto en el que aparezca y de los distintos usos que los hablantes –según sus propias características culturales– puedan hacer de ellos. Harris, uno de los primeros lingüistas que relacionó las emisiones lingüísticas con el tipo de discurso, estimó que éste debería analizarse en conjugación con factores culturales (1952: 1) y con las funciones que los elementos desempeñan en el mismo (1952: 30). Más adelante, Van Dijk (1980: 10), criticando el intento de Harris por sistematizar los esquemas discursivos, añadió que éstos deben ser estudiados como parte de la coherencia pragmática.

El análisis de los marcadores discursivos debe realizarse básicamente conforme a dos cuestiones básicas:

- Al modo en que los hablantes integran las formas, los significados y las acciones en el dominio de la conversación dando cuenta de lo que se quiere decir y reflejando con ello la coherencia del discurso.
- Al modo en que dicha coherencia proporciona cohesión al acto comunicativo y promueve el entendimiento y la interacción con el oyente.

La estructura del discurso queda organizada conforme al uso de estos elementos, que proporcionan funciones específicas, regulares a los contextos (Schiffrin 1987: 30), revelando significados cohesivos de acuerdo con los actos de habla y con el entorno (Tannen 1993: 22), además de dibujar con ellos un discurso de características muy dinámicas (Poblete 1997).

Los marcadores discursivos se definen como “unidades secuencialmente diferentes que distribuyen y separan unidades de habla” (Schiffrin 1987:

31), entendiendo como *unidades de habla* todas aquellas que tengan cierta entidad propia en el discurso: frases, secuencias, proposiciones, unidades tónicas, textos, subtextos, etc., y también como “partículas que no añaden información a la emisión y que frecuentemente provienen de formas interrogativas, completando al discurso en un nivel cognitivo que proviene de su significado básico, después de haber perdido su función gramatical” (Vincent y Sankoff 1992: 205).

El estudio de los marcadores discursivos constituye un aporte al análisis del discurso en general, contribuyendo a consolidar patrones de comportamiento y organización comunicativa, siempre acordes a determinados parámetros específicos que constituyen los actos de habla y el entorno social donde se producen. Como bien apunta Schiffrin (1987: 47-48), no es fácil seleccionar las propiedades de los marcadores discursivos, primeramente por la amplia naturaleza metodológica del Análisis del Discurso, y luego por la gran cantidad de contextos, tanto lingüísticos como extralingüísticos, en los que aparecen. Por ello, investigar sobre marcadores discursivos, aun dentro de una misma lengua, resultará un estudio que parezca un ámbito comunicativo (comunidad de habla, tipo de discurso, características de hablante y oyente, entorno social, etc.), pero siempre con posibilidad de comparación y contraste con su realización en otros contextos. Es importante, además, considerar el nivel suprasegmental de los marcadores, que evidencia su fuerte funcionalidad comunicativa (Cepeda y Poblete 1996a, 1996b).

2. METODOLOGIA Y CORPUS

En este trabajo pretendemos ofrecer una interpretación del uso de los marcadores discursivos *la verdad* y *pues* en español actual, tomando como base un corpus de conversaciones espontáneas entre 32 hablantes nativos de la zona metropolitana de Santa Cruz de Tenerife. Es ya sabido que la forma en que se recogen los datos condiciona en mucho la naturaleza de los elementos lingüísticos que se deseen estudiar, que se deben minimizar en lo posible los efectos de la *paradoja del observador* (Labov 1972/1983)¹. Por ello, hemos utilizado un medio de recogida de datos que coarta lo menos posible la expresividad y espontaneidad de los interlocutores, que introduce técnicas de entrevista y estrategias de interacción conversacional. Se procuró que el entrevistador fuera una persona próxima al entrevistado (familiar,

¹ La *paradoja del observador* consiste en observar el lenguaje cotidiano sin alterarlo a través del proceso de observación, es decir, a través de la utilización de medios (tales como la grabación) que restan espontaneidad comunicativa al hablante.

amigo, persona de la misma edad, del mismo extracto social o del mismo sexo) para lograr el mayor nivel de integración y de comunicabilidad entre ellos. Las entrevistas se realizaron en lugares cómodos, conocidos o que resultaban familiares por los entrevistadores, con el fin de que el ambiente fuera lo más relajado posible. Se empezó la conversación con un tema libre, elegido por el entrevistado, al que el entrevistador iba realizando matizaciones, contestaciones o agregando cuestiones para que la tensión de los primeros momentos fuera disminuyendo. A continuación, el entrevistador realizó algunas preguntas preparadas de antemano, sobre temas de actualidad, que tenían como misión conseguir un efecto de diálogo conversacional, que sin duda provoca mayor uso de marcadores discursivos. En todo caso, el entrevistador intentaba adaptar su discurso y sus emisiones al del entrevistado, para que éste no pudieran, en ningún caso, alterar o copiar su modo de habla.

Creemos que, salvo algunas excepciones cuyo material no se utilizó, se logró bastante espontaneidad y naturalidad en las entrevistas. Podemos considerar, así, que el lenguaje de los hablantes tomados como informantes se mostró en su versión más cotidiana.

Se realizaron entrevistas a 16 hombres y 16 mujeres, seleccionados por muestreo al azar, procurando obtener representantes de todas las categorías sociales, tanto de niveles socioculturales (conjunción de profesión, nivel de ingresos y profesión) como de edades: primera generación (20-34 años), segunda (35-55) y tercera (55 en adelante). Con el objeto de comparar el uso de los marcadores discursivos entre las diferentes secciones sociales, la distribución se hizo en cuotas idénticas. Entrevistamos así a 8 informantes de cada nivel (bajo, medio-bajo, medio-alto y alto), a 11 de la primera y segunda generación y a 10 de la tercera.

Se desprende de cualquier aproximación a un estudio como el que aquí haremos de los marcadores, que no es fácil hacer una estratificación social de elementos de naturaleza discursiva, por cuanto proceden de condicionamientos dependientes del contexto, de estrategias comunicativas particulares, de construcción de discursos únicos. En estos casos, los factores sociales por sí mismos no proporcionan la interpretación relevante, sino que debe ser complementada con efectos concernientes a la interacción que se produce en el acto de habla, o, lo que es lo mismo, hay que partir de lo discursivo para poder incorporar, si es necesario, condicionamientos de tipo social². Nuestro análisis será cualitativo y cuantitativo para aquellos aspectos que lo requieran.

² En este sentido, queremos matizar que la perspectiva que adoptamos parte de lo que se considera un análisis *funcional* del lenguaje, que describe los mecanismos mediante los cua-

El análisis estadístico fue llevado a cabo con el programa VARBRUL 2S.

3. LA VERDAD COMO MARCADOR DISCURSIVO

La estructura de la conversación está provista de determinados elementos de enlace y cohesión que están fuertemente condicionados (y que a su vez condicionan) el significado situacional del enunciado, que suponen una actualización del mismo en cada momento comunicativo³. El caso de *la verdad* pone de manifiesto la realización del contenido asertivo del segmento en el que va inserto, actualizando, por tanto, el sentido del mismo en una dirección significativa. En nuestro corpus encontramos dos tipos de contexto en los que aparece *la verdad* actuando como un marcador discursivo:

a) INTRODUCTOR DE RESPUESTA

(1) A: ¿Tú crees que el fracaso de algunos grupos musicales se debe a las drogas?

B: Pues *la verdad* es que sí, *la verdad* es que sí, porque yo he visto antes de un concierto preparándose en el camerino y verles encima de la mesa preparando su... su... sus drogas y tal.

(2) A: ¿Crees que este gobierno ya no tiene credibilidad?

B: Pues, en mi opinión, *la verdad*, el gobierno ha perdido bastante credibilidad debido a los últimos escándalos.

b) APOYO A LA INFORMACIÓN

(3) Esto es una cuestión que la he comentado con amigas con las que fui de... fui a ese viaje, y *la verdad* es que difiere bastante de nuestro sistema, ya que al ser un país del Este tiene otra cultura, otra forma de pensar.

(4) A mí, *la verdad*, que me gustan mucho, me gustan mucho los centros comerciales.

les un elemento lingüístico *funciona* para, por y en determinado contexto lingüístico. La interpretación social, por tanto, se realizará como forma de ayudar a comprender dicha funcionalidad, pero no como un fin exclusivo. Más detalles pueden obtenerse en Serrano (1996b).

³ Lo que denominamos *actualización del significado* consiste en que las diferencias de significado en variación sintáctica quedan reducidas a la expresión de las características pragmáticas que éstas puedan poseer en el discurso (Serrano 1994a: 66).

En ambos casos *la verdad* proporciona un tipo de cohesión y de coherencia discursiva asertiva, es decir, es el vehículo que exhibe la intención informativa del hablante y su deseo de introducir, bien sea en las respuestas o a lo largo de una secuencia, su implicación afirmativa. Ello viene dado por la gramaticalización de las características léxicas que configuran este segmento, pues es obvio que del significado de 'verdad' proviene esta facultad asertiva de la que hablamos. Sin embargo, no hay que olvidar que ha sufrido una erosión léxica que ha posibilitado que obtenga un sentido puramente discursivo, quedando así desprovisto de toda función sintáctica y de todo significado más allá del oracional. Ha sido considerado, además, que la función discursiva de los marcadores procede también de una forma previa interrogativa (en este caso de *¿verdad?*) (Oliveira y Tavares 1992: 236), aunque quizás no sea ésta su característica más interesante, porque no revela el proceso de gramaticalización de estos elementos, o el paso de una función léxica y sintáctica a otra discursiva, que está siempre derivada de la primera. En cualquier caso, como bien señalan estos autores (1992: 248), el estudio de los marcadores discursivos revela importantes relaciones entre las entradas léxicas y la gramática y cómo ambos estadios interactúan para configurar realizaciones discursivas constantes⁴.

Por tanto, es *la verdad* una opción de coherencia, en términos de Schiffrin (1987: 55), y su significado es claramente expresivo. Es interesante también determinar bajo qué condiciones contextuales aparece esa fuerza expresiva y por qué es utilizada, interrogantes que intentaremos contestar aquí. La forma, el significado original de *verdad* y la acción discursiva y conversacional determinan el empleo significativo de este marcador, configurando una función única, no comparable a otras⁵. Dicha función se establece en un marco estilístico donde el hablante trata de expresar su posición respecto de la cuestión que se le pregunta (introducción de respuesta) o respecto de lo enunciado (apoyo a la información).

En el primer caso, añade veracidad o credibilidad a la posición tomada, pues hay que tener en cuenta que toda respuesta implica elección y toma de posición con respecto al tema preguntado. Sin embargo, la naturaleza de la pregunta y de la respuesta (o de la interacción conversacional) condicionan

⁴ Los procesos de gramaticalización demuestran también que los significados de las secuencias no son invariables y que, con ellos, se verifica la variación y el cambio morfosintácticos. Esto se ha podido constatar en el caso del cambio del pretérito indefinido al perfecto (Schwenter 1994, Serrano 1994b, 1995).

⁵ Se ha planteado la dificultad de establecer patrones de variación para los marcadores, en tanto que cada unidad se especializa para una determinada acción discursiva (Schiffrin 1987: 63). Pero la existencia de patrones pragmático-discursivos diferenciados no ha imposibilitado (y no debe imposibilitar) la descripción de las frecuencias y las realizaciones sociolingüísticas de los mismos (Oliveira y Tavares 1992, Vincent y Sankoff 1992).

la aparición de este marcador asertivo. Así, podemos certificar un mayor uso de *la verdad* cuando la posición del hablante que responde no parece identificarse con la del que pregunta, o cuando la respuesta es contraria a lo esperado. Así, mediante *la verdad*, se introduce la coherencia y la cohesión discursiva necesaria para mantener el nivel de negociación comunicativa. Sabemos que la falta de proximidad ideológica, cultural, social e incluso contextual (cuando dos hablantes no comparten la misma opinión sobre algo) favorece la necesidad de negociación (Dubois y Horvath 1992: 34).

Veamos ejemplos de esta negociabilidad. En (5) se formula la pregunta en términos de duda, a lo que el hablante responde contrariamente, reafirmando en su posición:

(5) A: ¿Dudas sobre la realidad de un concierto en directo?

B: Pues... *la verdad* es que... a veces me lo he planteado... lo que es dudar, dudar, dudar en sí... pues exactamente no lo sé... pero sí que me lo he planteado.

Algo similar sucede en (6). A la pregunta formulada se responde de forma opuesta a la esperada:

(6) A: ¿Y sobre la música clásica?

B: *La verdad*, sobre la música clásica no puedo decir mucho porque no es mi fuerte.

En (1) y (2) podemos advertir también la coherencia asertiva que introduce el marcador *la verdad* como introductor de respuesta que configura la posición asertiva del que habla.

La segunda función (apoyo a la información) no la describiremos de acuerdo con los parámetros de negociabilidad (aunque quizás pueda conllevar algo de esto también), sino con la necesidad de mantener esa coherencia asertiva durante la exposición del enunciado, generalmente cuando se introduce esa toma de posición:

(7) La música que está de moda ahora es una música... como muy repetitiva, una música con sonido a cacharro... a mí *la verdad* no me gusta.

(8) La mayoría de los profesores eran inexpertos, eran gente que acababa de salir de la universidad y se ponían a darnos clase sobre cómo enseñar, entonces, *la verdad*, yo considero que en estos casos hay mucho que decir.

También (3) y (4) son casos en los que *la verdad* proporciona una coherencia asertiva a la información presentada.

En suma, para contestar a los interrogantes antes formulados, podemos considerar que las condiciones discursivas en las que este marcador aparece se refiere al deseo de reafirmar un contenido asertivo (a través de la gramaticalización de su contenido léxico original), ya sea como una forma de negociabilidad informativa en las respuestas, ya sea para determinar la toma de posición del hablante a lo largo de su discurso. En cada caso, queda reflejado cómo el hablante moldea su enunciado de acuerdo con sus necesidades comunicativas, condicionadas por el interlocutor o por características de otra índole (culturales o sociales), de las que también daremos aquí cuenta. El contexto más favorable para la inserción de esta forma es, obviamente, un tipo de discurso espontáneo, cotidiano, no narrativo, interaccional y, sobre todo, de diálogo, donde hablante y oyente pueden interactuar conforme a determinados patrones sociales compartidos, donde el marco contextual se avenga a las características que Tannen denomina 'estructuras de expectación' (1993: 16), es decir, hablante y oyente deben compartir un código cultural que permita entender y aceptar sus normas. Von Savigny estima que en una comunidad de habla un comportamiento lingüístico es correcto cuando se corresponde con generalizaciones por todos conocidas (1988: 12). Algo similar considera Van Dijk (1980a: 145, 1980b: 241), cuando asevera que los sistemas lingüísticos son sistemas convencionales controlados, en buena parte, por la estructura de la interacción en la sociedad. Esa visión funcional de la lengua es la que acentúa el papel social predominante en la lengua.

Así, pues, considerando que el uso de este marcador discursivo no solamente posee un valor discursivo interesante, sino también sociolingüístico dentro de la comunidad lingüística donde se practica, pasamos ahora a estudiar su proyección social.

Para realizar un buen análisis de los elementos de naturaleza social que pueden estar promoviendo o restringiendo el uso de este marcador discursivo es necesario partir de los contextos lingüísticos adecuados, pues es cierto que no se pueden comparar realizaciones discursivas o conversacionales dispares. En este caso, hemos asegurado que el tipo de discurso (la entrevista) proporciona el contexto idóneo para que las características de los hablantes puedan analizarse conforme a patrones regulares. Es, por lo tanto, el tipo de discurso descrito sobre el cual haremos las valoraciones que siguen.

Hemos obtenido un total de 224 ejemplos de *la verdad*, de los cuales 134 son *introducción de respuesta*, y 90 los que hemos denominado de *apoyo a la información*. Estas cantidades son comprensibles porque el estilo del discurso (la entrevista) favorece la aparición del primer tipo. Con respecto a éste, podemos observar, en el cuadro expuesto a continuación, que su distribución entre las categorías sociales estudiadas es bastante uniforme, con excepción del género y de los niveles socioculturales más bajos.

TABLA 1. *Porcentajes y probabilidades del uso de la verdad como instructor de respuesta*

Categorías	Aplicaciones	Porcentajes %	Probabilidad
Hombres	29/95	31	23
Mujeres	105/129	81	77
1ª gen. (20-34)	27/52	52	48
2ª gen. (34-55)	67/104	64	49
3ª gen. (55---)	40/68	59	52
Nivel soc. bajo	33/42	79	66
Nivel soc. medio-bajo	28/46	61	58
Nivel soc. medio-alto	48/93	52	35
Nivel soc. alto	25/43	58	40

Tal como se desprende de los datos numéricos, las mujeres y los niveles socioculturales más bajos (bajo y medio-bajo) son los grupos sociales donde encontramos mayor número de usuarios de *la verdad* como marcador discursivo que introduce una respuesta asertiva, no esperada por el interlocutor (posiblemente contraria a la posición de éste) y que, por ello, desea ser reafirmada por el usuario. Estos grupos, por tanto, no son tendentes a exponer sus respuestas de modo directo, sino que se valen de este recurso lingüístico para presentar la información de forma discursivamente menos brusca.

Aunque estos datos son de por sí reveladores de las formas de expresión de los sectores por tradición más marcados sociolingüísticamente, es interesante realizar un análisis de datos cruzados para poder verificarlos. Así, del cruce del género y el nivel sociocultural obtuvimos las siguientes frecuencias:

TABLA 2. *Porcentaje del cruce de las categorías nivel sociocultural y género*

Categorías	Hombres		Mujeres	
	Apps	%	Apps	%
Nivel soc. bajo	4/13	31	29/29	100

TABLA 2. (Continuación)

	Hombres		Mujeres	
	Apps	%	Apps	%
Nivel soc. medio-bajo	8/26	31	20/20	100
Nivel soc. medio-alto	9/40	23	39/53	74
Nivel soc. alto	8/16	50	17/27	63

Observamos que son las mujeres pertenecientes a los niveles más bajos de esta comunidad quienes definitivamente son las usuarias más representativas de este uso, lo que confirma que éstas poseen unas pautas de respuesta diferentes a las de los hombres, pues, en las tomas de postura que representan las respuestas, prefieren iniciarlas mediante una expresión que, a pesar de que conlleva el contenido asertivo (debido al proceso de gramaticalización que ha sufrido y del que hablamos antes), ciertamente mediatiza el contenido que le sigue y lo presenta de forma menos directa, aunque sea una postura que desee definirse como propia. Esto apoya la tesis de otras investigaciones acerca del comportamiento discursivo femenino. Así, Watts (1992: 467) estimó que hombres y mujeres están socializados mediante distintas formas de comportamiento sociocomunicativo, considerando que ellos utilizan esquemas más comprensivos y menos explícitos que ellas. En su estudio sobre diferencias de género en el uso de expresiones pragmáticas en inglés, Erman (1992: 217) concluye que los hombres y las mujeres tienen internalizadas diferentes normas de interacción social, motivadas, en muchos casos, por la falta de estatus de las mujeres. Precisamente esta característica es la que podría estar definiendo este uso, dado que son las pertenecientes a los niveles con menor estatus y poder dentro de la sociedad las que emplean con mayor frecuencia esta unidad discursiva. De acuerdo con lo que habíamos mencionado anteriormente, las mujeres presentan una forma de respuesta más tendente a utilizar los esquemas de negociabilidad.

Como cabe esperar, diferente es la proyección social del uso de *la verdad* cuya función habíamos definido como *apoyo a la información*. La intención de aseverar el contenido del enunciado, de ser más rotundo y, por tanto, de mantener esa coherencia asertiva, lleva a los hablantes a insertar este marcador dentro de la frase. Sin embargo, como vamos a ver, no es

utilizado por los mismos miembros de esta comunidad social. En la tabla que sigue queda reflejada dicha distribución social.

TABLA 3. *Porcentajes y probabilidades del uso de la verdad como apoyo a la información*

Categorías	Aplicaciones	Porcentajes %	Probabilidad
Hombres	66/95	69	77
Mujeres	24/129	19	23
1ª gen. (20-34)	25/52	48	52
2ª gen. (34-55)	37/104	46	51
3ª gen. (55---)	28/68	41	48
Nivel soc. bajo	9/42	21	34
Nivel soc. medio-bajo	18/46	39	42
Nivel soc. medio-alto	45/93	48	65
Nivel soc. alto	18/43	42	60

Contrariamente a lo que reflejaba el uso de la primera función de *la verdad*, son los hombres y los niveles socioculturales superiores los que promueven la variante de este marcador como apoyo discursivo a la información. Estos resultados pueden interpretarse como una forma masculina de ser más convincente, más rotundo, y de querer presentar sus enunciados como veritativos. Pueden relacionarse, por lo tanto, en forma opuesta a los obtenidos para la primera función, donde la introducción de *la verdad* al principio de la respuesta, por parte de las mujeres, mostraba un comportamiento discursivo claramente diferenciado del de los hombres. Cabe señalar que, con esta estrategia de utilizar este marcador como apoyo a la información, se pone de relieve una reafirmación del contenido del enunciado, que se presenta ya de por sí como cierto.

El cruce entre estas dos categorías sociales confirma que son principalmente los hombres del nivel sociocultural medio-alto los que más frecuentemente hacen uso de este marcador asertivo, aunque las frecuencias en los niveles bajo y medio-bajo no son despreciables.

TABLA 4. *Porcentajes del cruce de las categorías nivel sociocultural y género*

Categorías	Hombres		Mujeres	
	Apps	%	Apps	%
Nivel soc. bajo	9/13	69	0/29	0
Nivel soc. medio-bajo	18/26	69	0/20	0
Nivel soc. medio-alto	31/40	78	14/53	26
Nivel soc. alto	8/16	50	10/27	37

Así, pues, la vinculación de esta función con el género masculino perteneciente al nivel sociocultural medio-alto corrobora la idea de que éstos poseen un discurso más reiterativo, menos propenso a la duda y más tendente a procurar la expectación en el oyente, como forma de exponer la toma de postura que representa el enunciado emitido. Además, el hecho de que pertenezcan a este nivel sociocultural deshace, en principio, la ya extendida idea de que este sector es el más inseguro lingüísticamente y que, en forma continua, esté adaptando su discurso a las pautas de prestigio de la comunidad (cf. Serrano 1996a). En este caso, podemos observar claramente que el hecho de presentar una respuesta haciendo este uso del marcador *la verdad*, como apoyo a la información asertiva, da cuenta de unas características sociolingüísticas que nos remiten a la seguridad, a la convicción y a la asertividad.

4. PUES COMO MARCADOR DISCURSIVO

Al igual que *la verdad*, *pues* puede ser definido como marcador de respuesta y de toma de posición, aunque poseen claras diferencias tanto discursivas como significativas. *Pues* no procede de la gramaticalización de una unidad anterior, ya que, como sabemos, es una unidad desprovista de significado léxico, y su función queda circunscrita a la relación gramatical que establece con los elementos del enunciado. Su significado gramatical es conclusivo, consecutivo y causal, y por ello se adapta perfectamente a los contextos en los que el hablante expone su idea o su posición, ya sea en

relación con algo que se le pregunta, ya sea con respecto a una idea que desea presentar como relevante o propia. Hay que notar que este marcador aparece en dos posiciones sintácticas, y que en ambas el significado que introduce es el mismo, es decir, siempre en torno a los conceptos mencionados anteriormente, que dependen de la estructura del discurso y del mensaje que el hablante intente transmitir. Dichas posiciones son las siguientes:

a) INTRODUCTOR DE RESPUESTA

(9) A: ¿Qué te gustaría concluir acerca de lo que hemos hablado (el paro)?

B: *Pues*, que hay demasiadas personas en mi situación, en puestos de inferior calidad en relación con los estudios que han realizado.

(10) A: ¿Y qué opinas del sistema cooperativista de tu profesión?

B: *Pues...* si realmente, si eso fuera real, me parece una iniciativa interesante.

b) TOMA DE POSICIÓN DURANTE EL ENUNCIADO

(11a) En aquella época la gente podía salir a la calle tranquilamente, *pues...* es que antes había más seguridad.

(12) Si aquí ya hay un paro tremendo *pues...* si traemos gente de fuera, *pues mira...* esto sería un imposible.

(13) Yo creo que (el aborto) se debe permitir en algún caso, porque hay personas que tienen tres, cuatro o cinco hijos... no pueden evitarlos porque no tienen medios, *pues...* sí se puede permitir.

Puede verificarse que el significado de *pues* no ha sufrido erosión gramatical significativa, ya que sus valores de conclusión, causalidad o consecuencia pueden percibirse en estos usos discursivos. Sin embargo, hay que notar que existe una diferencia de matiz entre el uso *introdutor de respuesta* y el de *toma de posición*. Al presentarse de forma absoluta, al inicio de turno conversacional, y no estar precedido por otra emisión lingüística que la pregunta del interlocutor, el primer uso presenta mayor carácter marcativo, coherente y cohesivo, respondiendo más a las características de un marcador discursivo que el segundo. Este último no ha perdido completamente sus valores sintácticos, pudiendo incluso considerarse en algunos casos como *introdutor de subordinación*:

(11b) En aquella época la gente podía salir a la calle, *pues* antes había más seguridad.

Ejemplos como éste, que puedan poner en duda el hecho de que *pues* funcione como auténtico marcador discursivo, no fueron tenidos en cuenta en este análisis.

De esta forma, de un total de 364 estructuras analizadas, obtuvimos 149 sin este marcador, y 213 ejemplos de él, cuyo valor fue unificado como *introducción de posición*, ya sea al inicio de respuesta como iniciador de turno de conversación, ya sea inserto en el enunciado. Comparte algunas de las características que describe Schiffrin (1987: 102) para el marcador de respuesta en inglés *well*, es un elemento que ancla la información que sigue con la precedente y que, a la vez, proporciona una opción cohesiva que contribuye a introducir un significado discursivo diferente del esperado. En el caso de *well*, esta autora coincide con otros (Lakoff 1973, Pomerantz 1984, Owen 1983) en que su función es la de presentar un enunciado que no es totalmente consonante con las opciones de coherencia previas presentadas en la pregunta:

(14) A: Are you from Philadelphia?

B: *Well*, I grew up out in the suburbs. And then I lived for about seven years up in upstate New York. An them I came back here t'go to college.

Función que puede ser desempeñada igualmente por *pues*:

(15) A: ¿Eres de Filadelfia?

B: *Pues...* crecí en los suburbios. Viví alrededor de siete años en el estado de Nueva York y luego volví para ir al instituto.

Pero, además de esto, y este es un rasgo que no comparte con *well*, *pues* puede añadir una opción de coherencia en la que el hablante expone consecuencias o causas de lo inferido en la pregunta, cohesionando así la conversación y manteniendo el estatus cooperativo. Es obvio que las respuestas no introducidas por *pues* adquieren un tono discursivo marcadamente diferente:

(15) A: ¿Cuál crees tú que es la causa de que el Gobierno tenga tan poca credibilidad?

B1: *Pues...* en mi opinión el Gobierno ha perdido bastante credibilidad debido a los últimos escándalos.

B2: O... En mi opinión el Gobierno ha perdido bastante credibilidad debido a los últimos escándalos.

Las respuestas como B2 no se acogen a las pautas de negociabilidad y cohesión discursivas. La interacción conversacional, en estos casos, deberá estar marcada por medio de otros procedimientos pragmáticos, o quizá por el propio contenido del enunciado, pero en ellos la toma de posición, al igual que sucedía con la ausencia de *la verdad*, se presenta en forma más aseverativa, más directa, más segura, e incluso más personalizada. Si el

hablante no utiliza estos mecanismos que la lengua pone a su disposición, hemos de pensar que esta elección no es sociocomunicativamente arbitraria. Así, pues, y puesto que todas estas características discursivas pueden estar, de alguna manera, correlacionadas con las particulares condiciones de los hablantes, hemos efectuado el análisis de su distribución entre las categorías sociales. Una primera aproximación se refleja en la siguiente tabla:

TABLA 5. *Porcentajes y probabilidades del uso de pues*

Categorías	Aplicaciones	Porcentajes %	Probabilidad
Hombres	37/132	28	22
Mujeres	176/230	77	78
1ª gen. (20-34)	32/108	57	52
2ª gen. (34-55)	78/141	55	47
3ª gen. (55---)	73/113	65	51
Nivel soc. bajo	91/118	77	65
Nivel soc. medio-bajo	58/100	58	55
Nivel soc. medio-alto	18/68	26	16
Nivel soc. alto	46/76	61	70

Las mujeres y los niveles socioculturales extremos (bajo y alto) son los grupos sociales que utilizan con mayor frecuencia la opción cohesiva de este marcador discursivo. También, aunque menos significativamente, la primera y la tercera generación se mostraron inclinadas a utilizar este marcador. Estos resultados difieren ligeramente de los de *la verdad*. De nuevo son las mujeres las promotoras de este elemento, presentándose, por tanto, como más negociadoras y menos directas que los hombres ante la exposición de una idea no del todo acorde con lo preguntado o con lo que su interlocutor mantiene. Dado que los niveles socioculturales bajo y alto se mostraron también significativamente representativos, es conveniente realizar un cruce entre estas categorías y la sexual, para poder precisar las características sociales de las mujeres que están correlacionadas con este uso.

TABLA 6. *Porcentaje del cruce de las categorías nivel sociocultural y género*

Categorías	Hombres		Mujeres	
	Apps	%	Apps	%
Nivel soc. bajo	12/20	60	79/98	81
Nivel soc. medio-bajo	0/25	0	18/43	42
Nivel soc. medio-alto	11/43	26	47/57	82
Nivel soc. alto	14/44	32	32/32	100

Tal como se desprende de la tabla anterior, de entre las mujeres, son aquellas de los niveles socioculturales medio-alto y alto las que reflejan un mayor índice de *pues*⁶. Sin embargo, los resultados están muy igualados con los de las mujeres del nivel más bajo, por lo que el dato más significativo es el 100% que representa a las pertenecientes al estrato con mayor nivel en esta comunidad. En este caso, entonces, estaríamos ante un uso que está más o menos repartido por estos estratos y que obtiene su máxima frecuencia en el nivel alto, por lo que cabe interpretar que el uso de *pues*, como una opción de coherencia y negociabilidad, está correlacionado en mayor medida con la variable género, y en menor medida con la variable sociocultural. Sin embargo, el hecho de que aparezca con menos frecuencia entre las mujeres del nivel sociocultural medio no apoya la esperada y tradicional idea de que sean éstas las que tienden a usar los instrumentos lingüísticos más acordes con las pautas de negociación y de menor asertividad, debido a su inseguridad lingüística (cf. Serrano 1996a). En este caso podemos observar que las mujeres que gozan de un mayor estatus dentro de la comunidad son las que prefieren introducir sus tomas de postura con el marcador *pues*, configurando así su discurso en forma más cohesiva y menos directa, oponiéndose de este modo su comportamiento a la pauta masculina. Puede ser

⁶ En su análisis sobre el dequeísmo, Prieto (1995-1996: 442) concluye también en que son las mujeres del estrato medio-bajo y de la generación intermedia las principales usuarias de la forma no canónica.

precisamente el nivel sociocultural y el deseo de mantenerlo la causa de la utilización de este marcador, pues en este medio, y por la profesión desempeñada, la necesidad de negociar quizá sea más imperiosa. De ser así, las mujeres se estarían comportando de acuerdo a la estrategia de mantener un estatus que les ha costado alcanzar.

La distribución por generaciones aparece en esta otra tabla:

TABLA 7. Porcentaje del cruce de las categorías nivel sociocultural y generación

Generación	Hombres		Mujeres	
	Apps	%	Apps	%
1 ^a	22/49	45	40/59	68
2 ^a	11/52	21	67/68	75
3 ^a	4/31	13	69/82	84

A medida que se sube por la escala generacional, aumenta el número de frecuencias de *pues* entre las mujeres; sin embargo, las diferencias son graduales y no se observan diferencias muy ostensibles; por lo tanto, la variable que con más fuerza correlaciona el uso de *pues* sigue siendo la sexual.

El significado gramatical causal y consecutivo de *pues*, por consiguiente, adopta una función discursiva que cohesiona la respuesta con la pregunta en un sentido opositivo, es decir, el hablante presenta su posición partiendo del hecho de que es una *consecuencia* o una *causa* de sus convicciones o de sus ideas, aportando con ello la coherencia oportuna, característica primordial de la función de los marcadores discursivos. Como mecanismo comunicativo sirve, además, como una estrategia para presentar el enunciado de forma mediatizada, adelantando que lo que se va a decir presentará un esquema cognitivo propio, particular, y que, en algunos casos, diferirá de lo esperado. El hecho de que esta estrategia sea utilizada en mayor medida por las mujeres indica que son ellas las que dibujan un discurso menos directo al iniciar el turno de conversación, menos asertivo y, en suma, más negociador.

5. CONCLUSIONES.

LA VERDAD Y PUES COMO MARCADORES COORDINADORES DE LA CONVERSACION

Los resultados precedentes nos llevan a creer en la propiedad coordinadora de estos marcadores durante la conversación, en su significado puramente discursivo, aunque hay que señalar, como característica general, y coincidiendo con Schiffrrin (1987: 318), que éstos, en general, no conllevan significado social, sino que cada uno se interpretará de acuerdo con la función adquirida y con el tipo discurso y de secuencia en el que se inserte. De esta forma, tanto *la verdad* como *pues* poseen un significado gramatical que desarrolla determinadas particularidades discursivas que deben ser compatibles y deben estar en consonancia con el medio de discurso. Ese significado desarrollado es el *introduccionador de aserción para la verdad* (con sus dos variantes), y el *consecutivo-opositivo* para *pues*. Cada propiedad está, asimismo, condicionada por el factor prosódico, pues el inicio de turno de conversación debe estar señalizado, lingüísticamente, mediante la introducción de un elemento que indique que se va a responder a lo preguntado o, simplemente, a hacer uso de la palabra. Por ello, Nicolle (1995: 678) cree que la función principal de los marcadores es la prosódica, pues es la que aporta un valor de permanente negociación interaccional, siendo en muchos casos la repetición una constatación de ese valor (Tyler 1994: 671).

La función coordinadora de la conversación de estos marcadores se relaciona también con la necesidad de optimizar la comunicación. Como ya hemos señalado, la conversación conlleva unos parámetros de negociación que facilitan y aportan accesibilidad a la misma, y es obvio que ésta debe estar introducida por ciertos elementos como los marcadores, los cuales, a su vez, vienen insertos en estructuras comunicativas denominadas *accounts* (Firth 1995, Scott y Lyman 1968: 46). Los *accounts* definen las relaciones de negociabilidad entre hablante y oyente, configurando el marco adecuado para facilitar la interacción comunicativa.

Además de la facultad de negociación, otro aspecto interesante y que debe, sin duda, ser mencionado en el análisis de estos marcadores discursivos es el *significado emotivo* que conlleva su uso. Caffi y Janey (1994) consideran que hay ciertos mecanismos lingüísticos *emotivos* que están pragmatizados estilísticamente y que pueden influir en la interpretación de los enunciados. Según estos autores, casi cualquier elemento puede adoptar ese sentido, pero muy claramente los marcadores discursivos aportan al enunciado un carácter pragmático adicional, discursivo, que influye decisivamente en el carácter que adopta el enunciado. Como hemos visto, las secuencias que contienen *la verdad* o *pues* difieren, en este sentido, de las que aparecen sin estos marcadores, pues constituyen opciones de coherencia

discursiva que pueden ser empleados o no, pues, tal como considera Tyler (1994: 687), hay que conocer las claves de la contextualización aportadas por los marcadores cuyo elemento clave es la intención comunicativa. De esta forma, la interacción sociocomunicativa viene marcada por estos elementos que, utilizados por los miembros de la comunidad, reflejan hábitos, intenciones y formas de discurso. Lindenfeld (1994) habla de *propósito comunicativo* ('*communication goal*') como factor principal para analizar la interacción discursiva, definiéndolo como un rasgo cognitivo que se contextualiza en el uso de determinados elementos en el discurso, adaptándolo a sus necesidades comunicativas. Las unidades que estamos analizando pueden perfectamente constituir casos de *communication goals*, puesto que, como hemos visto, se insertan en el enunciado para producir un efecto discursivo especial, acorde con el deseo de perfilar la intención comunicativa desde un ámbito cognitivo. *La verdad*, así, se asocia con la intención de *asertividad* en sus dos variantes, y *pues* con la intención de *asertividad* y *causalidad opositiva*.

La proyección social del uso de cada uno de estos marcadores no puede hacerse independientemente de su vinculación con el tipo de discurso y con los matices que hemos definido, de forma que la presencia o ausencia de cada uno de ellos en un contexto similar (como, en este caso, las preguntas y respuestas) perfila un tipo de norma sociolingüística en la que están envueltos la intención comunicativa, el significado pragmático y su vinculación con la estructura lingüística (en estos casos, el contenido de asertividad o de causalidad y su posición sintáctica) y las características sociales de los hablantes, considerando que todo ello define buena parte de los actos comunicativos. Se advierte de la distribución de estos elementos, entre las distintas categorías sociales, que el factor sexo es el más marcado en la frecuencia de uso de *la verdad* y *pues*⁷. Debemos relacionar en mayor medida, por tanto, la expresión de la asertividad y de la causalidad-opositiva y las consecuencias discursivas que esto conlleva —como la utilización de las pautas cohesivas de negociabilidad, de emotividad y de expectación— con el sexo femenino, generalmente procedente de los niveles socioculturales más bajos (como el caso de *la verdad* introductor de respuesta) o de los más elevados (como el caso de *pues*). Ya hemos señalado que estos resultados nos llevan a estimar que, para estas unidades y en estos contextos, hombres y mujeres difieren en cuanto a su comportamiento sociocomunicativo, y esto debe ser explicado en función de la estructura social de la comunidad y de los parámetros de interacción comunicativa.

⁷ Poblote (1997) encuentra también pautas discursivas diferenciadas entre hombres y mujeres en su estudio sobre los marcadores en el habla de Valdivia.

Con respecto a la primera cuestión, hay que señalar que, en una comunidad urbana como la estudiada, determinados sectores sociales deben utilizar estrategias comunicativas que les faciliten la accesibilidad comunicativa y que permitan un mayor contacto con el mayor número de miembros de la misma. Esto es importante en muchas profesiones del nivel medio (comerciantes, empleados del sector servicios, etc.) y del superior (abogados, médicos, profesores, etc.), en las cuales todavía no hay una completa integración de la mujer. Estas, por tanto, asumen esos hábitos discursivos negociadores (como el uso de *pues* en las respuestas) como un valor social añadido a su condición y que lo mejora. Los hombres, por el contrario, no utilizan estos recursos lingüísticos para potenciar su relación con los integrantes de la comunidad; antes bien, el uso de *la verdad* como apoyo a la información a mitad de sentencia habla de unas características de mayor asertividad y menor negociabilidad en el discurso masculino. Podríamos estar haciendo correlacionar los valores sociales de masculinidad y feminidad tradicionales (dureza y agresividad para ellos y dulzura y suavidad para ellas) con las expresiones pragmático-discursivas.

En cuanto a la segunda cuestión, interpretamos el extendido uso de *la verdad* como introductor de respuesta entre las mujeres de los niveles socioculturales más bajos, como un reflejo (real o imaginario) de la falta de proximidad social entre ellas y sus interlocutores, en la línea de lo que postulan Dubois y Horvath (1992: 34). Así, la toma de postura que ellas desean exponer, mediante su respuesta, queda mediatizada por la introducción de un marcador que, como ya señalamos, suaviza la introducción de sus ideas. Es, como *pues*, una opción de coherencia negociadora, aunque más bien —y debido a su estado de gramaticalización— puede considerarse, además, como un elemento asertivo que refuerza una posición que, por motivos de interacción comunicativa tales como el deseo de no ser directo, se considera inapropiada, contraria a lo esperado o simplemente personal. El hecho de que sean las mujeres de los niveles sociales menos favorecidos quienes mayor uso hacen de esta opción cohesiva, indica que su discurso está configurado para mitigar la posible inseguridad en presentar su toma de posición en la respuesta frente a su interacción con otros miembros de la estructura social, a quienes no consideran similares. Interpretamos, además, que esta falta de proximidad puede no ser real, es decir, se puede presentar incluso entre integrantes de un mismo nivel sociocultural. En este sentido, consideramos que se trata de una autopercepción individual (cf. Serrano 1996a).

En suma, la característica sociolingüística más relevante que podemos extraer del análisis de estos dos marcadores discursivos es la distinta socialización de los patrones de creación de estructuras de discurso que se advierten entre hombres y mujeres de distintos niveles socioculturales, siendo

fundamentalmente en la interacción comunicativa donde dichos comportamientos lingüísticos obtienen interesantes correlaciones de tipo social.

Que las formas lingüísticas proporcionen, además, estos esquemas de coherencia y cohesión discursivas es, como aseguran Green y Morgan (1981), todo un hallazgo científico y un indicio más de que forma y función no son siempre unidireccionales.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- CAFFI, C. y R. JANNEY. 1994. "Towards a pragmatics of emotive communication", *Journal of Pragmatics* 22, pp. 325-373.
- CEPEDA, G. y M.T. POBLETE. 1997. "Los marcadores discursivo-conversacionales en el habla femenina de Valdivia", *Boletín de Filología de la Universidad de Chile* XXXVI, pp. 25-35.
- CEPEDA, G. y M.T. POBLETE. 1996a. "Los marcadores discursivo-conversacionales en el habla de Valdivia (Chile): nivel léxico y suprasegmental", *Lingüística Española Actual* 18 (en prensa).
- CEPEDA, G. y M.T. POBLETE. 1996b. "Marcadores conversacionales: función pragmática y expresiva", *Estudios Filológicos* 31, pp. 105-117.
- COULTHARD, M. 1992. *Advances in spoken discourse analysis*. Routledge, Londres.
- DUBOIS, S. y B. HORVARTH. 1992. "Interviewer's linguistic production and its effect on speaker's descriptive style", *Language Variation and Change* 4, pp. 125-135.
- ERMAN, B. 1992. "Female and male usage of pragmatic expressions in same-sex and mixed-sex interaction", *Language variation and Change* 4, pp. 217-234.
- FIRTH, A. 1995. "'Accounts' in negotiation discourse: a single-case analysis", *Journal of Pragmatics* 23, pp. 199-256.
- GREEN, G. y J. MORGAN. 1981. "Pragmatics, grammar and discourse", en Cole, P. (ed.) *Radical Pragmatics*, Academic Press, Nueva York, pp. 167-181.
- HARRIS, Z. 1952. "Discourse Analysis", *Language* 28, pp. 474-494.
- LABOV, W. 1972/1983. *Modelos Sociolingüísticos*. Cátedra, Madrid.
- LAKOFF, R. 1973. "The logic of politeness, or minding your p's and q's", *Papers from the 9th Regional Meeting*, Chicago Linguistic Society, pp. 292-305.
- LEVINSON, J. 1989. *Pragmática*. Teide, Barcelona.
- LINDENFELD, J. 1994. "Cognitive processes and social norms in natural discourse marketplace", *Journal of Pragmatics* 22, pp. 465-476.
- LYONS, J. 1981. *Lenguaje, significado y contexto*. Paidós, Barcelona.
- MYHILL, J. 1992. *Typological Discourse Analysis*. Blackwell, Cambridge.
- NARBONA, A. 1994. "Sintaxis coloquial y Análisis del Discurso", *Revista Española de Lingüística* 21, pp. 187-204.
- NICOLLE, S. 1995. "In defense to relevance theory: a belated reply to Gorayska and Lindsay, and Jucker", *Journal of Pragmatics* 23, pp. 677-681.

- OLIVEIRA E SILVA, G. y A. TAVARES DE MACEDA. 1992. "Discourse markers in the spoken Portuguese of Rio de Janeiro", *Language Variation and Change* 4, pp. 235-249.
- OWEN, M.L. 1983. *Apologies and remedial interchanges*. Mouton, La Haya.
- POBLETE, M.T. 1997. "Los marcadores discursivos en la construcción del texto oral", *Onomazein* (en prensa).
- POMERANTZ, A. 1984. "Agreeing and disagreeing with assessments: some features of preferred/dispreferred turn shapes", en Atkinson, J. y J. Heritage (eds.) *Structures of social actions: studies in conversation analysis*, University Press, Cambridge, pp. 57-101.
- PRIETO, L. 1995-1996. "Análisis sociolingüístico del dequeísmo en el habla de Santiago de Chile", *Boletín de Filología de la Universidad de Chile XXXV*, pp. 379-452.
- SCHIFFRIN, D. 1987. *Discourse markers*. University Press, Cambridge.
- SCHWENTER, S. 1994. "The grammaticalization of an anterior in progress: evidence from a peninsular spanish dialect", *Studies in Language* 18, pp. 71-111.
- SCOTT, M. y M. LYMAN. 1968. "Accounts", *American Sociological Review* 33, pp. 46-62.
- SERRANO, M.J. 1994a. *La variación sintáctica: formas verbales del período hipotético en español*. Entinema, Madrid.
- SERRANO, M.J. 1994b. "Del pretérito indefinido al pretérito perfecto: un caso de cambio y gramaticalización en el español de Canarias y Madrid", *Lingüística Española Actual* 16, pp. 37-57.
- SERRANO, M.J. 1995. "Sobre los usos de pretérito perfecto y pretérito indefinido en el Español de Canarias: pragmática y variación", *Boletín de Filología de la Universidad de Chile XXXV*, pp. 533-566.
- SERRANO, M.J. 1996a. *Cambio sintáctico y prestigio lingüístico*. Iberoamericana, Madrid.
- SERRANO, M.J. 1996b. *Perspectivas actuales en Sociolingüística* (en prensa).
- SERRANO, M.J. 1996c. "El análisis del discurso en variación sintáctica", *Hispanic Linguistics* 8, pp. 154-177.
- STUBBS, M. 1987. *Análisis del Discurso (análisis sociolingüístico del lenguaje natural)*. Alianza, Madrid.
- TANNEN, D. 1993. *Framing in Discourse*. University Press, Oxford.
- TYLER, A. 1994. "The role of repetition in perceptions of discourse coherence", *Journal of Pragmatics* 21, pp. 671-688.
- VAN DIJK, T. 1980b. *Texto y contexto*. Cátedra, Madrid.
- VAN DIJK, T. 1980a. *Estructuras y funciones del discurso*. Siglo Veintiuno Editores, México.
- VINCENT, D. y D. SANKOFF. 1992. "Punctors: a pragmatic variable", *Language Variation and Change* 4, pp. 205-216.
- VON SAVIGNY, E. 1988. *The social foundation of meaning*. Springer-Verlag, Berlín.
- WATTS, R.J. 1992. "Acquiring status in conversation: 'male' and 'female' discourse strategies", *Journal of Pragmatics* 18, pp. 467-503.